



C

**Discurso** DEL SR. D. Rafael Angel de la Peña, PRONUNCIADO  
EN EL COLEGIO CATÓLICO DE ARTES.

ILLMO. SEÑOR ARZOBISPO:

ILLMOS. SEÑORES OBISPOS:

ILLMO. Y VENERABLE CABILDO:

Dirigir la palabra á un auditorio por tantos títulos respetable y en ocasión tan solemne, es empeño muy desigual á mis fuerzas, que flacas de suyo, en estos momentos están casi agotadas por el temor que infunde la claridad deslumbradora de la ciencia unida en vosotros, ilustrísimos señores, á la augusta majestad del sacerdocio. Y crece mi temor, cuando considero qué débil es mi voz para que pueda ser eco fiel de los sentimientos de amor y adhesión de la Iglesia Mexicana á su insigne y venerable Prelado. Mi frase incorrecta, sin vigor ni colorido, es, señores, la menos adecuada para significar vuestro gozo por el fausto suceso que hoy celebramos. Y ya que mi palabra no puede expresar la vehemencia de vuestros afectos, que al menos me sea dado encarecer la importancia de este acontecimiento.

Diez lustros han trascurrido desde que el ilustrísimo señor doctor Don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, inmoló por primera vez la Augusta Víctima de la Cruz. En ese día memorable, la Iglesia de Michoacán y las personas más caras al corazón del joven sacerdote, aquellas que entonces formaban su hogar, estuvieron poseídas de la más pura alegría, porque en él se vinculaban las más risueñas esperanzas; hoy la Iglesia de México y cuantos aman y veneran á nuestro ilustre metropolitano sienten, si cabe, mayor júbilo, porque aquellas esperanzas son ya una realidad.



Pero tal vez se dirá: ¿Qué importa al mundo que haya un sacerdote más en la Iglesia Católica? ¿Qué importa al mundo que por dilatado tiempo haya ejercido su ministerio? Quien tal diga, señores, ignora sin duda, qué benéfica ha sido en todos tiempos la influencia del Sacerdocio Católico en la humanidad y lo que es él en sí mismo.

Los que consideramos esta institución alumbrados por luz sobrenatural, vemos en el Sacerdote Católico un hombre que es la excepción de todos los demás. Como Melquisedec, carece de genealogía, no tiene padre ni madre, pero es hermano de todos, porque si rompe los vínculos de la sangre, recibe en cambio como familia la grey que le ha sido encomendada. Colocado entre Dios y los hombres, entre el cielo y la tierra, es arco iris de paz y mensajero de ella entre sus hermanos, pues al mismo tiempo tiene virtud para apagar los rayos que enciende la indignación divina y conoce el camino del corazón humano para llegar hasta él y extirpar todo sentimiento de odio y de venganza. Pero aun es mayor la alteza de su ministerio: es el dispensador de dones celestiales que purifican la naturaleza, y después de purificada, la hermosean y magnifican con todo linaje de virtudes: es el depositario de las enseñanzas divinas, y por esto desde hace diez y nueve siglos se le ve con el báculo del peregrino en la mano, ora por senderos escabrosos, ora por floridos valles, poniendo en el oído y en el corazón de los hombres las palabras escuchadas por él en sus conversaciones con el cielo.

Y desde hace diez y nueve siglos va de aldea en aldea y de ciudad en ciudad y de nación en nación, enseñando á los hombres á ser verdaderamente virtuosos y felices. El arquetipo del sacerdote católico no es Aarón, no es tampoco Melquisedec; Aarón y Melquisedec son sus figuras: el verdadero tipo del sacerdote católico es Jesucristo, el único sacerdote eterno; Jesucristo que "es el Pontífice santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos." Pues bien, señores, Jesucristo, que es el sacerdote invisible, se sobrevive de un modo visible en sus enviados y ministros; y para que ellos puedan desempeñar sus elevadas funciones, los dispone convenientemente, y aun pudiéramos decir que con sus enseñanzas y ejemplos los educa para él ejercicio de su alto ministerio.

Antes de separarse de sus discípulos pone delante de sus ojos las luchas que habrán de sostener por su nombre; pero les anuncia al mismo tiempo que suya será la victoria, porque el Evangelio será conocido y practicado en toda la haz de la tierra; y si al cabo sus perseguidores los privan de una vida caduca y trabajosa, única que pueden quitarles, con el término de ella llegará también el de sus tribulaciones, recibiendo el galardón debido á sus trabajos apostólicos.

Si después de haber oído tan altas enseñanzas, consultamos las páginas de la historia, ella nos enseña que en todas épocas y en todos lugares el Sacerdocio Católico ha heredado las virtudes y las luchas de los primeros

apóstoles, y ha participado asimismo de sus triunfos. Sin embargo, no se crea que sus victorias han consistido en su engrandecimiento personal: la extirpación del error, el establecimiento de la verdad, el vencimiento de propias y ajenas pasiones, el remedio ó el consuelo de los dolores y miserias que aquejan á la humanidad, han sido sus triunfos más gloriosos, porque por ellos ha quedado establecido el reino de Jesucristo, que es "quien vence, quien reina y quien impera."

A primera vista pudiera creerse que ocupado el sacerdote católico en la contemplación de las cosas celestes, no descendería de tan elevadas esferas para descubrir en regiones inferiores verdades del orden natural. Sin embargo, no podía poner en olvido que el Señor es el Dios de las ciencias, las cuales han de brotar á raudales de los labios del sacerdote á fin de que los pueblos aplaquen la sed de poseer la verdad en las claras y puras linfas de la ciencia.

Entre los institutos religiosos que más gloria han dado al Catolicismo por el saber maravilloso de sus hijos, hay uno cuya ciencia pone pasmo áun en sus más acerbos enemigos. Literatura, Artes Liberales, Crítica, Historia, Filosofía, y para que nada quede fuera del círculo inmenso de sus conocimientos, ciencias exactas, en toda su dilatada extensión, Historia Natural, en todos sus ramos, Física, Química, todo, hasta el arte mismo de la guerra, ha sido objeto de los profundos estudios de estos religiosos sapientísimos.

Así es cómo han puesto de resalto la admirable concordia que existe entre la Ciencia y la Fe, y cómo la antorcha de la revelación divina no debilita, ni oscurece la luz de la razón; antes la acendra y vivifica.

En nuestra patria el sacerdocio no bastardeó de su origen divino. Abonan desde luego esta verdad los frailes ejemplares de diversas religiones que en el siglo XVI fueron escudo, luz y amparo para el pueblo vencido, y al mismo tiempo amenaza, á veces castigo y siempre baluarte contra el terrible conquistador.

No limitaban sus tareas apostólicas á la defensa y conversión de los indios, sus hijos muy amados, sino que les enseñaban letras y ciencias, hasta lograr á veces en ellos doctos y entendidos profesores; al mismo tiempo con paternal solicitud los instruían en artes liberales y mecánicas y en industrias utilísimas.

A la par que á estos héroes del Cristianismo, vemos también á obispos beneméritos que en el largo decurso de más de tres siglos han derramado en sus respectivas diócesis copiosos beneficios. Habiendo sido uno mismo el espíritu, y unos mismos los móviles y los resultados de su conducta evangélica, igual alabanza corresponde á todos, y para que esta sea cumplida, permitidme que tome á un elocuente escritor contemporáneo el elogio que hace del primer Obispo y Arzobispo de México, al ofrecernos en frase sobria



y rápida la síntesis de una vida santa consagrada al bien espiritual y temporal de su pueblo. Así se produce el autor citado: "Misiones, escuelas, colegios, imprenta, libros para los ignorantes; asilos y hospitales para los enfermos y pobres, trabajo y nueva industria al pueblo: al Estado aumento en sus rentas; lustre á la Iglesia y al culto, luz á los idólatras, paz, concordia, justicia y caridad para todos, nada descuidaba, á todo atendía aquel fraile que había pasado la mayor parte de su vida en el encierro de un claustro." En efecto, tales fueron, señores, los principales hechos de aquel apóstol, y si por haber cambiado los tiempos y las circunstancias, sus sucesores no han tenido ya ocasión de dispensar algunos de los beneficios que él hizo, sí han resplandecido en ellos las mismas virtudes; igual caridad; el mismo desasimiento de los bienes terrenos; el mismo celo por el bien de la Iglesia; la misma solicitud paternal por su rebaño. Si de todo esto se nos pidieran pruebas, pudiéramos contestar con aquella inscripción tan lacónica como elocuente: "Si monumenta quæris, circumspecte." Aquí teneis, señores, el modelo acabado del sacerdote católico: del varón justo que jamás se ha apartado de los caminos de Dios. Como siempre ha practicado la caridad, "es como ella paciente, es benigno, no es soberbio, no es ambicioso, no busca sus provechos, no piensa mal, todo lo sobrelleva, todo lo espera, todo lo soporta." Tal es, señores, el retrato de un gran número de Arzobispos que por singular favor del cielo han gobernado nuestra Diócesis. El último de esta dilatada serie es el Ilustrísimo Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Lavastida y Dávalos. Como el Sr. Zumárraga y como el Sr. Garza, ha sido abastado por la Providencia de ciencia y de virtudes.

Leed, señores, sus diversas pastorales y admirareis el saber del Prelado que mereció desempeñar en el Concilio Vaticano una comisión honrosísima. Escuchad sus homilias y celebrareis en ellas la elevación de los pensamientos, la grandilocuencia del estilo, la novedad de la forma, y sobre todo, la unción de su palabra que allende los mares ha sonado con aplauso.

Mas la elocuencia de sus discursos no estriba solo en sus dotes oratorias, principalmente cobra fuerza de una vida ejemplar é inmaculada. Como bien sabeis, ha llenado los días de su largo pontificado, ya procurando instrucción á la niñez y á la juventud, ya restaurando hasta donde es posible el antiguo esplendor del culto; ora visitando repetidas veces su dilatada Diócesis, para acudir á sus necesidades; ora predicando con la palabra y con el ejemplo el amor, la paz y la mansedumbre, para acercar así el día suspirado de la reconciliación entre los hermanos de la gran familia mexicana.

Su vida sacerdotal ha correspondido á la santidad de su ministerio y justifica el regocijo con que hoy celebramos el fausto acontecimiento de su jubileo. Porque no es este un suceso que nada signifique ó que solo tenga importancia individualmente considerado. La vida del sacerdote se identifica con la existencia del sacerdocio, y bien sabemos lo que éste es para

la vida sobrenatural de las almas y cuánto influye en el modo de ser de las naciones.

El sacerdocio católico vale lo que vale el Catolicismo; es decir, lo que vale la civilización más adelantada de los pueblos, porque el Catolicismo, en orden al conocimiento de la verdad, es la Ciencia; en orden á la vida práctica es la Justicia; es la Caridad en todas sus formas y en todos sus grados hasta el más heróico: en las regiones serenas del arte no hay una que no le deba sus obras más acabadas y que no le haya pedido sus grandes ideales. Y el sacerdote católico es el que ha conservado en unas épocas, y aumentado en otras, el caudal de los conocimientos humanos; él es también el que ha sacrificado libertad, comodidades, salud y aun la vida misma para procurar á sus hermanos esos mismos bienes que generoso y heróico ofrecía á Dios y al hombre en aras de la Caridad.

Pero hay más, señores; cuando el sacerdote católico ha sido elevado á la alta jerarquía episcopal, y con este carácter gobierna á los pueblos, la felicidad espiritual de éstos y á veces aun la temporal, llega á identificarse con la vida de su pastor.

Por lo que mira á la Iglesia de México, confiada en buena hora, Illmo. Señor, á vuestra solicitud paternal, da gracias al Cielo que le ha concedido la rigiese en días tan turbados para la religión, un obispo virtuoso, sabio y prudente; y da á V. S. I. cordial enhorabuena, porque después de cincuenta años de sacerdocio, ayer ha celebrado el místico holocausto para hacer descender sobre su pueblo las bendiciones del Altísimo.

Que exento de aficciones, con salud entera, querido y venerado de sus ovejas, apaciente todavía V. S. I. por dilatados años la grey que le ha sido encomendada. Tales son, Ilustrísimo y Reverendísimo señor, los votos de la Iglesia Mexicana que con tan raro acierto gobernais.— Dije.

